



MISA CRISMAL

“MADRE, QUE NO NOS CASEMOS”

S.I. Catedral de Albacete, 05 abril de 2023

Miércoles Santo

Me gustaría comenzar con las mismas palabras de acción de gracias de la Carta del Apóstol san Pablo a los Colosenses: *«Doy gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando siempre por vosotros, al tener noticia de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis a todos los santos, a causa de la esperanza que os está reservada en los cielos...»* (Col 1,3-5).

En este tiempo como Obispo vuestro, he podido comprobar la juventud y la vitalidad de nuestra Diócesis, e ir conociéndoos mejor un poco más cada día y comprobando que la Iglesia que camina en Albacete tiene una plural riqueza de rostros, rostros que en la variedad crean la unidad en la fe, la esperanza y la caridad. Una Iglesia que cada día se esfuerza en ser comunión, en ser presencia evangelizadora, en ser sacramento de salvación.

Queridos hermanos sacerdotes. Ilmos. Sres. Vicarios y miembros del cabildo, estimados Diáconos y Seminaristas. Un saludo lleno de afecto para los miembros de la Vida Consagrada, para los jóvenes que recibiréis en breve el Sacramento de la Confirmación en este curso, a los padres y madres que habéis pedido o vais a pedir el Sacramento del Bautismo para vuestros hijos e hijas, a los enfermos y personas ancianas que por causas diversa recibiréis el consuelo del bálsamo que cura y sana las heridas con el Sacramento de los Enfermos, hermanos y hermanas en el Señor.

Esta celebración es una renovada invitación a actualizar el don de nuestra pertenencia a la Iglesia, Pueblo de Dios en camino, y a gustar la gracia de la fraternidad, por eso repetimos con el salmo: *«Ved qué dulzura, qué delicia, con vivir los hermanos unidos»* (Sal 133). Y lo hacemos en torno al Altar, celebrando la Eucaristía. Si la Eucaristía es la manifestación más plena de la Iglesia, esta eucaristía la hace visible de un modo privilegiado.

Cuando el Concilio describe a la Iglesia particular, la diócesis, afirma que “es una porción del Pueblo de Dios que se confía a un Obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que unida a su pastor y reunida por

él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular, en la que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica” (CD, 11). Esto, mis querido hermanos, es lo que ahora está ocurriendo aquí. Somos la Iglesia del Señor que camina en Albacete, reunida entorno a la Palabra de Dios y a la mesa eucarística, para mostrar a todos los hombres y mujeres el don precioso de la fe que ha recibido de su Señor, no para ella, sino para todos lo que quieran acogerlo con sincero corazón.

Para vosotros, queridos hermanos sacerdotes, la Misa Crismal es también el momento gozoso de volver al día de vuestra Ordenación Sacerdotal para agradecer la gracia que recibisteis por la imposición de manos del Obispo y la unción con el Santo Crisma, y renovar vuestro compromiso de unión a Cristo, configurándoos con Él para servir con verdadera entrega al pueblo que se os ha confiado.

Esta celebración nos ofrece cada año la oportunidad de detenernos a reflexionar sobre nuestro ser sacerdotal, sobre nuestra vocación, para responder así mejor a los retos que en cada momento se presentan en la Iglesia y a nuestro ministerio. La Palabra de Dios que hemos proclamado y la riqueza del rito en sus palabras y gestos serán luz que iluminen esta reflexión.

El ministerio sacerdotal se define por su ser relacional. Nuestro ministerio nos es dado, y es para los demás, lo que hace de nuestra existencia sacerdotal una proexistencia como la de Cristo.

Nuestro sacerdocio se define desde Cristo, con el que nos hemos identificado sacramentalmente y en cuya persona actuamos. Ya no nos pertenecemos a nosotros, le pertenecemos a Él que por nosotros murió y resucitó. Esta realidad llega a ser más profunda cuando pronunciamos en la santa Misa: *«Tomad y comed... porque esto es mi Cuerpo»*. Hemos enajenado libre y voluntariamente nuestra vida en el servicio al pueblo santo de Dios. Pero al mismo tiempo, y como consecuencia de nuestra unión con Dios, el sacerdocio se define también por su relación horizontal y fraterna con el Obispo, con el Presbiterio y con el pueblo que se nos ha confiado. Estas relaciones no son, y no pueden ser, funcionales o administrativas, sino que son profundamente teológicas, espirituales y pastorales. Por ello no podemos confundir a los fieles, ni en nuestros actuar, ni en nuestro celebrar, ni en nuestro vestir, ni en nuestro ser.

Para vivir en verdad nuestro ser, nuestra vocación sacerdotal, es necesario el campo donde la vocación se cultive y crezca, y este campo es la Iglesia y la comunión con ella. Difícilmente se puede vivir el ministerio sacerdotal sin estar unido afectiva y efectivamente a la Iglesia, a esta Iglesia real donde el Señor nos ha situado. Y es este amor hecho comunión con la Iglesia es el que nos hace trabajar en ella, y en ella entregar nuestra vida. Nadie entrega la vida por lo que no ama. Por eso es legítimo y bueno soñar con una Iglesia que se parezca cada día más al deseo del Señor, que hunda sus raíces en el Evangelio y en la tradición,



una Iglesia, esposa de Cristo, hermosa y santa, que peregrina “entre las dificultades del mundo y los consuelos de Dios” (LG 8).

Dice el evangelio de san Lucas que acabamos de proclamar que toda la sinagoga tenía clavados los ojos en Él, en Jesús. Os invito a clavar también nosotros los ojos en Jesús para en Él y por Él, mirar y agradecer el don del sacerdocio que ha dejado a su Iglesia.

El sacerdote, identificado con Cristo, actuando en su persona, es hombre de Eucaristía. Podemos decir que nuestro sacerdocio tiene forma eucarística, y, por tanto, ha de ir haciéndose cada día en la horma de la Eucaristía. La Eucaristía celebrada, adorada y vivida. Ser Eucaristía exige de nosotros cercanía en intimidad con el Señor, acudir a la escuela del Maestro divino para escuchar su palabra, para tener sus sentimientos, para identificarnos con Él, para aprender y aceptar que el seguimiento es principalmente compartir su destino. ¿Por qué entonces tantas veces nos hunde nuestra fragilidad? ¿por qué nos escandaliza la cruz en nuestro ministerio como si Dios nos exigiera cada día el precio del éxito pastoral? No, hermanos, Dios no nos pide éxito, no nos quiere los mejores por encima de los demás, Dios quiere nuestra entrega diaria, como la del grano de trigo que cae en la tierra para dar fruto. Para vivir esta espiritualidad, celebrar cada día la Eucaristía es, queridos sacerdotes, nuestro mayor tesoro, la alegría de nuestro corazón, por eso hagámoslo con devoción sincera, con profundidad, con espíritu oblativo y según las normas que la Iglesia nos indica. Adoremos el misterio eucarístico y hagamos que nuestros fieles valoren este don que el Señor nos hace. Que nuestra eucaristía no acabe en el templo, sino que continúe fuera, en nuestra caridad con los demás. Así seremos en Cristo verdaderos pontífices para nuestro pueblo y para el mundo. En definitiva, el camino de la santidad, a la que aspiramos todos los bautizados como una vocación universal, que es para un sacerdote el ejercicio de su ministerio.

Con el santo de Hipona, tenemos que recordar que nuestro sacerdocio es un “*officium amoris*”. Este amor que se hace oficio, servicio, comienza por nuestra disponibilidad para servir al Señor dónde y cómo Él quiera ser servido. Una disponibilidad que me hace rendir mi libertad y mi voluntad a lo que Dios me pide, siendo siempre lo más difícil ver a Dios en las mediaciones humanas. No somos dueños de nada, sino servidores de todos en el servicio concreto que se nos encomienda. Esta disponibilidad se hace más necesaria en la atención a la comunidad que se nos ha encomendado, y a cada hombre o mujer que toca a nuestra puerta porque nos necesita. No podemos ser indiferentes ante lo que vive y lo que sufre nuestro pueblo, hemos de caminar con ellos y compartir sus logros

y sus fracasos. Si el sacerdote no camina con su pueblo, su ministerio no tiene sentido. Quiero preveniros, queridos hermanos, contra la “pastoral de mínimos”, que mira más en clave de cumplimiento que de amor y entrega. No tengamos miedo a la entrega total, ni a construir comunidades que miren más allá de las limitaciones y de los fracasos humanos.

La misión de Cristo es evangelizar a los pobres, y si nuestra misión es la suya, también nosotros estamos llamados a evangelizar a los pobres. No voy a detenerme a analizar los rostros de la pobreza, pero ciertamente son muchos, y no sólo en la pobreza material, sino también en tantas pobrezaes espirituales, en la ausencia de Dios, en la lejanía de su amor. En este sentido quiero recordar las palabras del Papa Francisco: *«quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria»* (EG, 200).

Vivir la pobreza de espíritu y evangelizar a los pobres nos llevará a escuchar con libertad interior y humildad de corazón lo que el Espíritu dice a nuestra Iglesia de Albacete, y nos hará explorar caminos nuevos, los suyos y no los nuestros, y realizar sus planes que no son los nuestros; en definitiva, será un camino de fidelidad al Señor y a su voluntad.

Y esto lo haremos juntos, como una Iglesia corresponsable que sienta en la misma mesa a todos los carismas, mostrando así la belleza y la grandeza de la vocación cristiana. Todos somos necesarios en la Diócesis, nadie puede sentirse excluido, porque esta casa la construyó el Señor como su morada para reunir a todos.

Permitidme, para terminar, que haga presentes aquí a los sacerdotes que físicamente no están, o no pueden estar, con nosotros, a nuestros misioneros que viven su ministerio en otros países, a los ancianos y a los enfermos, a los que pasan por la prueba y a los que viven horas difíciles. Todos están en el corazón de Dios y en el nuestro.

Y al mirarlos a ellos, quiero mirar a nuestro Seminario. El Seminario es siempre, ha de ser, un signo de esperanza para la Diócesis. Os pido, queridos sacerdotes y diáconos, que cada uno, en su parroquia, renueve la pastoral vocacional, que cuide de los niños, adolescentes y jóvenes para que respondan con generosidad a la llamada de Dios. Tenemos que empeñarnos en una oportuna renovación de este campo de la pastoral, sobre todo con el testimonio alegre e ilusionante de nuestra vida.



Hoy, vuestro Obispo, quiere confirmaros en la fe, la que hemos recibido de la Iglesia, nuestra madre, y en cuya comunión la vivimos, al tiempo que os alienta a seguir trabajando por el bien de nuestro pueblo, mediante la entrega de la vida, con alegría, con ilusión, con pasión. Pedid por mí para que sea siempre un testimonio transparente del amor de Dios entre vosotros y no desfallezca en el ministerio que el Señor me ha confiado para deciros hasta el último aliento que «(Cristo) ...*es con mucho lo mejor*» (Filp 1, 23c).

A la Virgen María, N^a S^a. de los Llanos, patrona de nuestra diócesis, pido para vosotros, para mí, para toda la Iglesia, la misma petición que hacía san Manuel González: “Madre, que no nos cansemos”. Ven siempre con nosotros, y no nos abandones nunca.

Que así sea.

✠ Ángel Fernández Collado
Obispo de Albacete